

Ignacio Sanchez-Osores & Sebastian Cottenie Bravo. *Aquí estoy si acaso me ven: Relecturas transhemisféricas en torno a Gabriela Mistral*. Raleigh: Editorial a Contracorriente, 2025.

Carolina Berrocal
University of Oregon
berrocal@uoregon.edu
10.7264/peripherica.3.2.6697

En noviembre de 1945, mientras Gabriela Mistral (1889 – 1957) se encontraba en Brasil, sirviendo como cónsul en Petrópolis, recibió la llamada de la Academia sueca que le anunciaba que era ganadora del premio Nobel de Literatura. El galardón lo recibió un mes después en Estocolmo y enfatizó en

su discurso que la Academia sueca miraba hacia la lejana América Latina “para honrarla en uno de los muchos trabajos de su cultura”. Se convertía así en la primera escritora de la región en recibir el Nobel de Literatura y la primera, y hasta el día de hoy, única mujer latinoamericana en obtenerlo. De ese histórico momento se han cumplido recientemente 80 años y la figura de Mistral lejos de “afantasmarse” se agiganta y multiplica, a la canónica imagen de la poeta de los niños, o la apasionada amante idolatrando suicidas, se la ha ponderado en otras dimensiones. Es indudable que la figura y obra de Mistral está más viva que nunca. Este libro es un esfuerzo por celebrar los cien años de *Desolación* (1922) y *Tala* (1924) y ampliar los horizontes de lectura de la obra mistraliana.

Aquí estoy si acaso me ven: Relecturas transhemiféricas en torno a Gabriela Mistral (2025) compila una serie de ensayos sobre la Mistral contemporánea, el objetivo de las lecturas es leer a Mistral desde “lo otro” que compone un legado tan fértil como su misma obra literaria. Los editores comentan que el estudio de Gabriela Mistral, sin duda se ha complejizado a lo largo de los años y del deseo de los mistralianos por urdir en los arcones que puedan descifrar los enigmas de su obra. El tiempo ha trasladado la imagen de Mistral, erigida como madre y maestra abnegada a las zonas en donde su declarada homosexualidad revelada en su obra epistolar, la abre al universo feminista y *queer*, así como también a expandir su figura intelectual como mujer rural, indígena y latinoamericana. El objetivo de los artículos, en palabras de los editores, es suspender las jerarquías que han sostenido la crítica del corpus mistraliano y leerla desde esos lugares “otros”, aludiendo a la ambivalencia y bipolaridad de su obra literaria, epistolar y ensayística/periodística. La compilación tiene el propósito de leer críticamente la producción literaria de Mistral y su legado transhemisférico (entendido en su vida migrante y en la curatoría de académicos de Chile y Estados Unidos), así como también las genealogías de la crítica sobre la obra de la autora, retomando líneas críticas como los feminismos, la teoría *queer*, el psicoanálisis, lo transandino, y los

estudios de archivo y teatralidad.

En el prólogo, los editores destacan principalmente el trabajo pionero de las críticas chilenas Raquel Olea y Soledad Fariña (*Una palabra cómplice*, 1985), quienes dieron un giro a esa imagen “santificada” de la autora y la desbarataron de la posición “institucionalizada” que había tenido durante la dictadura de Pinochet, ese primer acercamiento hacia “las oscuridades” de Mistral también propicia la crítica literaria feminista y la participación de colectivos sociales, como voces negadas en su obra y que por primera vez son visibles. También se destacan los textos más influyentes de la crítica mistraliana como *Dirán que está en la gloria* (1997) de Grínor Rojo, *A queer mother for the Nation* (2002) de Licia Fiol-Matta y *Mistral. Una vida. Solo me halla quien me ama* (2024) de Pedro Pablo Zegers Blachet, esta última, la más reciente biografía de Mistral, donde destaca el ámbito subversivo de su obra y los reclamos de clase y raza que anidan en su poesía y cartas, además de posicionar a Mistral como una intelectual en el campo letrado latinoamericano, espacio de poder, que hasta ese momento era de difícil acceso para las mujeres, posicionando la educación y la poesía como agencias movilizadoras para lograr ese lugar.

Parte I: retratos díscolos de una poseuse

El volumen comienza con el artículo “La joven Mistral”, de Grínor Rojo, en donde se plantea inicialmente las fronteras de la “vieja” crítica de Mistral desde los 80 hasta antes del fin de siglo y aquella “nueva” que se ubica en el siglo XXI. Anota Rojo que los cambios o subversiones que debe transitar Mistral para erigirse como poeta-profesora, la hacen abandonar el rol que históricamente le correspondía por aquella época, es decir, esposa-madre. La muerte de “sus amores” y el suicidio de su hijo no son la causa de aquella transformación, sino lo son también los cambios sociales que aquilatan ese giro en su vida. La tesis de Rojo es que la vida de Mistral estuvo marcada por “agramaticalidades” mediadas por violentas trayectorias de vida/muerte, que

anticipan la madurez de su obra y, para Rojo, la principal dicotomía asociada a su maternidad: “madre-leche, madre-sangre”, que a lo largo de su obra continuará apareciendo.

El análisis de Licia Fiol-Matta en “El retorno de la madre queer” ubica a la autora en las teorías *queer* y resuelve cómo Mistral evidencia una “peculiar manipulación” que ella “hacía de lo femenino en la emergente modernidad” (20). La tesis de Fiol Matta es que la experiencia queer es indisoluble de la modernidad. Llega a esta tesis a través de la apertura “del arcón” de Doris Dana, quien al morir cede el archivo de su relación con Mistral a su sobrina, quien posteriormente lo cede al Estado de Chile, abriendo un nuevo flanco de investigación en la obra literaria y extraliteraria de la poeta. Así como el significado de las cartas firmadas por “Gabriel” donde la autora utiliza un pronombre masculino desde el cual se posiciona como agente protector y dominante. El texto de Fiol-Matta invita a convocar la figura de Mistral en las nuevas colectividades queer y feministas a lo largo de Latinoamérica.

El texto de Claudia Cabello Hutt “El deseo por la imagen: Gabriela Mistral, una intelectual en cuerpo de mujer”, conversa con el de Fiol Matta pues vuelve sobre el legado donado a Chile por Doris Atkinson (sobrina de Doris Dana) en 2007. Se refiere en particular a la “imagen viva” de Mistral a través de las fotografías, esta imagen pública es el advenimiento de un Chile que ha elegido a una presidenta mujer por primera vez en su historia y que posiciona a las mujeres en sitios de liderazgo y lucha por la democracia. En oposición al catálogo de fotos público de la autora durante los años 30 y 40, y las muchas escritoras latinoamericanas de la época en donde la identidad femenina estaba mediada por la moda, los quehaceres del hogar, y los pasatiempos “femeninos”, Gabriela Mistral revelada es peligrosa y se sitúa en un espacio fundacional como “resistencia y disidencia a los modelos alternativos y exitosos de representación de la mujer y su discurso en el siglo XXI” (44).

Parte II: Maternidades e infancias disidentes

“El poder de la ambigüedad en la poética de Gabriela Mistral: maternidades abyectas” de María Rosa Olivera Williams, define los vastos límites de las diferentes “escuelas mistralianas”:

Mistral fue en su momento la encarnación de la institucionalidad, de los roles legitimados por el sistema patriarcal, la voz de la madre, la maestra, la amante, la hija, la hermana, la abandonada, la abnegada, y la sufrida. También fue su reverso: la subversiva, la loca, la inconformista, la cuestionadora del orden político, social y económico, la que da voz a los oprimidos (los indígenas, los niños y las mujeres pobres, especialmente del campo), la feminista (sin usar tal designación), la pacifista, la autora "trans" (pues cruza diferentes fronteras geográficas, sociales y de género), la poeta queer, quien desde muy temprano cambiaba pronombres de género gramatical y subvertía los roles de género. (52)

Esta forma de mirar las “subjetividades” mistralianas llevan consigo una esencial ambigüedad. Olivera Williams discute las complejidades de la “madre” Mistral a través de los “Sonetos de la muerte” o “Poemas de las madres”, a partir de los cuales a cuña el concepto de “maternidad abyecta” para oponer la maternidad mariana que no cuestiona y que se transforma en un ejercicio obediente y abnegado, a una maternidad que se vive desde las clases bajas y que comienza con el embarazo, con lo embrionario y los cambios del cuerpo y no fija su relación con el feto, sino con la transformación del cuerpo femenino. La maternidad comenzaría con esa metamorfosis del cuerpo gestante. Es la mujer que cambia por dentro y que transforma la sociedad abandonando las jerarquías patriarcales.

“Juego y escritura” de Raquel Olea explora las “Rondas” de Mistral y cómo se puede “teorizar” el juego en los poemas de Mistral, inicialmente entendido como un sitio de encuentro, de compartir y disfrutar. Así, el juego se transforma

en el espacio de la ausencia, el aislamiento, el no decir: “el juego emerge como espacio de revelación negativa (...) subvirtiendo el sentido más tradicional de su significación” (80).

Finalmente, “Círculo, giro y vacío: el tejido de la ronda mistraliana y sus imaginarios de infancia” de Alida Mayne-Nicholls aborda el corpus poético de las rondas, aquellas composiciones poéticas, propias del folclore infantil que Mistral defendió por sobre la poesía que se escribía en su época. Se inserta el análisis dentro de lo que se llama “Childhood studies” (estudios de la infancia) abordando la temporalidad de los poemas, que activan un tiempo presente, dejando a los niños en un espacio de enunciación que los transforma en sujetos con voz. Estos últimos dos artículos de la segunda parte exploran la naturaleza de las rondas de Mistral, género que cultivó con singular particularidad. Según Mayne Nichols “la transformación social se desarrolla en el presente de la ronda” (105), con lo que la apuesta de la autora es que esos niños que bailan las rondas son sujetos de agencia que cambiarán el mundo con sus danzas.

Parte III: La América nuestra de Mistral

Esta parte comprende los textos: “Gabriela Mistral y el pensamiento latinoamericanista: las herencias hurtadas” de Miguel E. Morales, “El maíz de Gabriela Mistral. El territorio mesoamericano” de Magda Sepúlveda Eriz y “Estampa de la ética ecológica de Mistral en las palmas” de Andrea Casals-Hill.

El primer artículo señala que Mistral tuvo tres formas de relacionarse vivamente con Latinoamérica. Primero, a través de la tierra, segundo a través de su literatura (y el canon de literatura femenina de su época principalmente) y finalmente a través de la diplomacia, como embajadora de la lengua y cultura hispana en el mundo. El texto, sin embargo, incorpora otra vertiente, la del discurso latinoamericanista más puro, de corte histórico, asociado a los padres fundadores intelectuales de Latinoamérica.

Si bien, Morales identifica esa praxis discursiva como masculina, opone la

mirada de Mistral, quien cuestiona y tensiona ese campo de voces masculinas. La larga lectura que hace Mistral de los padres intelectuales de las repúblicas del sur (Bolívar, Bello, Martí, Sarmiento, Rodó, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes), le enseña los mecanismos verbales para apropiarse de esa América, a la que no añade pronombres posesivos, como sus antecesores, sino revelando que “es ella quien se debe a América y no América a ella” (119). Posteriormente, Magda Sepúlveda aborda la valoración que da Mistral a los alimentos indígenas, precisamente el maíz. Este gesto asocia la alimentación a una revaloración política del sistema de valores de las culturas mesoamericanas. Mistral advierte que la comida que los hombres y mujeres obtienen de la tierra no debe rendirse a los procesos industriales que alejarán al ser humano de la “bendición del alimento”, proponiendo una visión ecologista pionera de la cocina y la alimentación. Finalmente, el último ensayo de Andra Casals Hills, aborda el análisis de diversos poemas de Mistral en donde elogia a la Palma chilena (*jubaea chilensis*), precisamente las palmas de Ocoa, en el Parque Nacional la Campana en Chile, a la que la poeta llama “reinas endémicas”. La relación de Mistral con estos fósiles vivientes Casals la aborda desde una teoría ecofeminista relacionando su postura poética con la defensa de diversas comunidades de mujeres que a lo largo de la historia del continente se han opuesto a la tala de árboles, la erosión de los suelos, o la quema de bosque nativo.

Parte IV: ¿Mistral cosmopolita?

Esta sección se abre con el texto: “Marginalia espiritual: leer la Biblioteca de Gabriela Mistral y sus comunicaciones teosóficas y rosacruceanas con Inés Echeverría y María Tupper” de Macarena Urzúa Opazo, quien escribe sobre la biblioteca de Mistral y su legado como lectora. Está documentado que Mistral seguía la teosofía desde muy joven, incluso antes de salir de Chile, así mismo como su interés por los saberes gnósticos, esotéricos y místicos.

La revisión de la biblioteca de Mistral alberga muchísimos volúmenes de esa naturaleza; esto le permite a Urzúa aseverar que Mistral estaba interesada en la “comunicación astral a través de los sueños” o en los “tratados de magia blanca”. Urzúa propone entender este archivo esotérico con el concepto de “red afectiva espiritual” porque comprende también su relación con otras escritoras coetáneas de la autora, como Inés Echeverría “Iris” y María Tupper. El análisis de este repositorio permite conocer la espiritualidad de la autora, la naturaleza de sus relaciones “divinas y terrestres” y las explicaciones sublimadas que daba a toda forma de conocimiento.

La versatilidad temática de los poemas de Mistral es extensa, sin embargo, solo uno de sus poemas lo dedica al deporte: “Campeón finlandés” que fue compuesto durante finales de los años 30, a raíz de los Juegos Olímpicos de Helsinki 1940. Para Felipe Toro en “La poesía de Gabriela Mistral en la relumbre del *stadium*”, la interpretación de este poema está relacionada con una reescritura en verso del ensayo político, siendo el atletismo la personificación de la diplomacia, en donde convive la tradición y el culto a lo antiguo. El poema de Mistral también es un texto propagandístico que alude a la época de la guerra. Toro concluye que “el deporte en Mistral se sublima con el martirio” (220).

Parte V: Oblicuas miradas

Comienza con el texto “Santiago queer, 1916: Mistral antes de Desolación” de Elizabeth Horan, quien analiza las cartas privadas y diarios íntimos de la poeta, antes de que se transformara en la figura pública e intelectual después de *Desolación* (1922). Estos registros, como lo leyeron Fernando Alegría y Angel Rama, son el “registro de la inconformidad sexual de la poeta” (239). Horan sigue la teoría de “La epistemología del armario” de Eve Kosofsky Sedgwick, que introduce la noción de *the beard* para referirse a la persona que funciona como “la barba”, “la campaña” en Argentina o “la pantalla” en Chile, una

“pareja heretosexual” que “sirve” a un homosexual que aún no ha confesado públicamente su preferencia sexual. Horan despeja el sentido de las cartas de esa primera época mistraliana, demostrando que la autora entra en un juego con otros hombres heterosexuales (Alfredo Videla, Romelio Ureta y Alone) en que ambos se sirven instrumentalmente, ya sea como falsos amantes de la autora, o como Mistral lo utiliza, personificando en ellos las líneas temáticas de su poesía amorosa: el engaño, el amor imposible, el abandono conyugal, es decir, retuerce y “ficcionaliza” esas amistades en beneficio de ambos.

En “Sed de agua, sed de amor: un motivo desquiciante en la voz poética de Gabriela Mistral”, Sebastian Schoennenbeck Grohnert, analiza el motivo de la sed en varios poemas de la autora, específicamente en poemas de *Desolación* y *Lagar*. Schoennenbeck, explica que la sed puede albergar dos interpretaciones. La primera, está ligada a una falta, una carencia o un padecimiento “tener sed”, con dimensiones religiosas y místicas (intertextualidad con textos bíblicos). Por otra parte, puede relacionarse con una “consumación de la sed”, el estar saciado de ella, por ende, el académico ve en ello “resonancias (homo) eróticas” (252). El sujeto mistraliano femenino vive en un hábitat quemante y seco donde el cuerpo, por el contrario, de la mujer es un manantial del cual se puede beber: la sangre de la indígena, la leche de la madre, el sudor de la obrera.

“Travestismo narrativo: el masculino en las cartas de Gabriela Mistral en *Niña Errante* (2009)” de Lau Romero Quintana, aborda el libro publicado por editorial Lumen en 2009, *Niña errante, cartas a Doris Dana* donde la voz de Mistral, en muchos casos, se vale del pronombre “él” o escribe en género masculino. Según Romero este “travestismo” es una *performance* ligada a la designación de género que define Judith Butler en su libro “El género en disputa” (1990) que hace aparecer a un “yo” puro y genuino que no puede ser libertado en el terreno de la literatura y que por ello solo habita en el mundo íntimo epistolar con Doris Dana. Según Romero Quintana, la apropiación del

yo masculino también es una parodia y un teatro, las veces en que el registro de la autora se traviste son los episodios en que ella misma pierde la paciencia o dramatiza exageradamente un hecho.

Finalmente, el artículo que cierra el libro es “Mistral, diva” de Cristian Opazo, aborda la figura de Mistral en el teatro, en especial en los dramaturgos considerados queer: Jorge Marchant Lazcano *Gabriela* (1981) y Ramón Griffero *El retorno de Gabriela* (1994). Para Opazo, el objetivo de los dramaturgos es “desmantelar las nociones individualistas y unívocas de sujeto y de la literatura nacionales que el *establishment* conservador chileno actualiza a través del uso estratégico de la figura de Mistral” (295). La obra de Marchant ubica a Gabriela entre Petrópolis y Nueva York y describe su relación amorosa con Doris Dana, la burocracia de su trabajo diplomático, en una atmósfera de música y cantos, que bien le denominó a la pieza teatral la categoría de musical. Marchant Lazcano también escribe una novela inspirada en la escritora que se titula *La Beatriz Ovalle*. Por otra parte, la obra de Griffero *El retorno de Gabriela* explora las “imaginarias” cavilaciones de la poeta en su retorno a Chile en una visita de Estado en 1954, pero a la vez su repatriación como “cadáver” en 1957, el dramaturgo yuxtapone dos “Gabrielas” que visitan Chile en una corporalidad diferente. También Opazo comenta la obra *Brunch* de Griffero que de un modo más metafórico imagina a una Gabriela que se transforma en personaje principal de una novela apócrifa llamada “Gabriela Mistral, lesbiana de Monte Grande” de Esteban, un preso político homosexual condenado a muerte. En síntesis, el apelativo de diva configura la alegoría de Gabriela Mistral viajera en los teatristas y la posiciona en carne viva en la escena teatral chilena, monumentalizándola a la categoría de ídolo.

El 10 de enero de 2027 se cumplen 70 años de la muerte de Mistral en Long Island, Nueva York. Esta efeméride podría ser otra oportunidad para el mundo académico de volver a revisar la vida, obra y legado de la gran poeta del Valle del Elqui. Este libro nos prepara para las vitales discusiones en torno

a su figura que se celebrarán próximamente en Chile y Latinoamérica. Solo uno de los hitos es la construcción de la obra “Lucila”, en el corazón de la Plaza Baquedano en Santiago. Esta gigantesca escultura que estará erigida con prismas verticales de acero de casi 10 metros de altura, formará el rostro de “Lucila” por una cara, y en su anverso se verán grabados cientos de nombres de mujeres para evidenciar el legado público, colectivo y polifónico de la autora. *Aquí estoy si acaso me ven* nos anticipa a las futuras discusiones en torno a Gabriela Mistral que surgirán en los próximos años.